

El cielo desnudo

Herbjørg Wassmo

colección letrasnórdicas



El cielo desnudo

Herbjørg Wassmo

Nórdicalibros
2012

Traducción de
Cristina Gómez-Baggethun

Título original: *Hudløs Himmel*

La traducción de este libro ha sido financiada por NORLA

© Gyldendal Norsk Forlag AS 1986 [All rights reserved.]

© De la traducción: Cristina Gómez-Baggethun

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Fuerte de Navidad 11, 1º B - CP: 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 509 25 35 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: mayo de 2012

ISBN: 978-84-15564-09-6

Depósito Legal: M-15622-2012

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos (Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón

y Susana Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Hjórdis, mi madre

Nevaba en Breiland. Copos grandes y lanudos iban posándose por todas partes, como la lana mojada y recién esquilada. Era imprescindible ocultar unas huellas vacilantes, desde las rocas hasta los primeros grupos de casas, había que esconderlas del Dios de Elisif. Él tenía muchas cosas con las que lidiar en su distante cabeza y hasta entonces no había mostrado demasiado interés por las huellas, pero nunca se sabe. Por eso, y solamente por eso, estaba nevando así. Copos suaves y compactos que se derretían sobre la cálida piel de su cara. A su alrededor se evaporaba un templado aire de deshielo que le derretía los carámbanos del pelo rojo, formando húmedos tirabuzones en torno a un dedo invisible.

En cierto momento se dejó caer de rodillas para descansar. Las manos rojas e hinchadas sobre el montón de nieve. Era la primera vez que las veía. Un golpe oscuro le recorrió la cabeza advirtiéndole que se había dejado las manoplas en las rocas. ¿O las habría perdido por el camino? Se tranquilizó a sí misma como lo hacía la tía Rakel cuando había algún problema: «No importa, Tora. ¡Nadie sabe que las manoplas son tuyas!».

El cazo de madera empezó a sonar en la mochila vacía en cuanto echó de nuevo a andar. ¡Una y otra vez repetía lo

mismo! Que nunca había excavado ni en la tierra ni en las piedras. Negaba haberla ayudado con lo peor. Tora le suplícaba calladamente que se mantuviera en silencio. Alguien podría oír lo que había hecho.

—¡Está nevando! ¡Ya ha pasado todo!

Y sin embargo el ruido de la madera contra la lona iba en aumento, produciendo un eco que le llegaba de todas partes. Volvió a ponerse de rodillas, para que se hiciera la paz, cerró los ojos y se derrumbó en su propio regazo.

Cuando volvió a levantar la vista, ¡todo el humedal estaba repleto de margaritas! ¡Con capullos amarillos en el centro! Estambres en el suave viento. El humedal entero se mecía. Una tranquila luz procedente de las casas lo cubría todo, y notó que algo le llenaba la boca y las fosas nasales, pero no quería salir. El cazo se había tranquilizado. Una especie de alegría le iba perforando un agujero tras otro. Ya había pasado todo. ¡Y ella seguía existiendo!

Mientras caminaba por un mar de margaritas, entendió que no estaba dentro de su cuerpo. No oía ningún sonido, no se notaba los pies que avanzaban por el camino. El cielo se extendía sobre ella, blanco e inmenso, y el humo de las chimeneas trazaba rudos signos en todo lo blanco.

Poco después se vio flanqueada por los postes de las verjas a ambos lados del camino. Un par de veces avistó figuras humanas más adelante, aunque desaparecieron antes de que ella las alcanzara. Anhelaba huir, pero, aunque no las notara, tenía muchas capas de sangre coagulada entre las piernas. Una cosa sí había aprendido: cuando las cosas están, *están*, por mucho que no las notes.

Giró automáticamente al llegar a la casa de la señora Karlsen; llegaba preparada para lo peor y eso fue lo que ocurrió: la señora Karlsen estaba de pie ante la puerta de la

calle, echando la llave de espaldas a ella, con el abrigo marrón. Sus brazos se movieron muy despacio cuando los dejó caer a lo largo del cuerpo con el gran bolso marrón oscuro colgando de la mano derecha. El bolso osciló como un péndulo cuando la mujer se giró hacia Tora.

Se le encendió una sonrisa de sorpresa en su anémico rostro al descubrir a la chiquilla.

—Ah, ¿estabas fuera? Ya me he figurado que no estabas cuando no me has respondido al llamar a la puerta. Quería invitarte a té y a bollos. Creo que no te cuidas mucho con la comida. ¿Andas por ahí sin gorro? ¡Con este tiempo! Cariño, tienes que cuidarte un poco. Ya, ya sé que no es asunto mío —hizo un ademán hacia la nevada y suspiró profundamente, casi entusiasmada. Luego se puso los guantes muy despacio—. Está todo preparado para el entierro. Va a ser un entierro muy bonito, ya lo creo. Un verdadero acto solemne para todos nosotros. Tienes que venir.

Luego se cepilló un poco de nieve del borde del abrigo, que se había rozado con la barandilla nevada de la escalera exterior, y a continuación empezó a flotar infinitamente despacio a través de Tora y desapareció por el prado florido. Cuando la señora Karlsen pasó volando, fue como si se abriera una puerta y el aroma de las flores llegara hasta la chiquilla.

Al parecer, nunca antes había visto a la señora Karlsen. Le entraron unas ganas locas de correr tras ella para calentarse un poco. Pero la salvó su propia miseria y no fue corriendo a ninguna parte, sino que subió laboriosamente la escalera. Sabía que allí colgaba el espejo y que, si se diera la vuelta, le revelaría todo.

Mientras buscaba la llave en el bolsillo, lo que había sido desapareció. Las personas, el prado florido, el bulto entre las rocas, el cazo. Todo aquello se detuvo allí, ante la puerta, y no avanzó más.

Porque ella no quiso llevárselo adentro. Si rechazaba una cosa, tendría que rechazar también las demás. No podía simplemente escoger deshacerse de lo peor.

El grifo del lavabo del pasillo goteaba acompasadamente. Tora se acercó tambaleándose. La sólida pared del muro contra incendios a la que estaba fijado el lavabo estaba caliente. Apoyó las dos manos y la frente contra ella y permaneció un rato así, inclinada hacia delante. Luego bebió despacio del agua amarga, viéndola desaparecer por entre los agujeros. Aquella agua pantanosa había dejado asquerosas manchas marrones en el esmalte del lavabo. Un eterno desagüe que caía en picado y conducía al mar todo lo que ella no lograba tragar.

Mientras cerraba el grifo, empezó a alejarse flotando. Se agarró al asqueroso borde de goma del lavabo, pero no le sirvió de nada. El sumidero se la tragaba. Grandes y pesadas gotas le caían sobre la nuca, presionándola hacia abajo. Al final se vio al borde de uno de los agujeros, incapaz ya de agarrarse. Las tuberías eran mucho más anchas de lo que se había imaginado. Caía sin cesar, ingrávida como un copo de nieve. La cloaca estaba húmeda y caliente, casi le inspiraba seguridad. Tora cedió. Al parecer se dirigía al mar. Era como si ya no importara. Cayó y flotó.

La habitación se dibujaba en el hueco de la puerta. Las cruces de las ventanas dividían el suelo en ocho partes grises, pese a que las cortinas estaban corridas. La oscuridad era casi total, solo las farolas de la carretera penetraban los cristales nevados de las ventanas. Antes de encender la luz, abrió la portezuela de la estufa. Aún había brasas, pero ni rastro del hule ensangrentado.

Tora entendió que tenía que hacerse amiga de las cosas para cubrirlo todo. Se había encontrado a sí misma junto al

lavabo, con sabor a latón y a cloaca en la boca. Aquello no había acabado aún.

Palpó hasta encontrar el interruptor junto a la puerta y la fría luz inundó la habitación como una sentencia. ¿Manchas de sangre en el suelo? ¿Cómo es que no las había visto cuando recogió antes de salir? Empezaron a subir hacia ella. Salieron directamente del suelo y se le pegaron a los ojos, cegándola. Las limpió con un trapo que cogió fuera, en el pasillo, y después lo enjuagó bien bajo el agua helada del lavabo, antes de volver a colgarlo en su sitio. Como si nadie debiera notar que lo había usado.

Luego bajó lentamente las cortinillas enrollables y, como siempre, la habitación se tiñó de amarillo. Ocurría cada vez que bajaba las cortinillas, y esta vez le supuso un gran consuelo.

Cerró la puerta con llave y se desnudó despacio. El gorro y la bufanda que se había colocado entre las piernas mostraban todos los matices posibles de rojo. Se quedó parada con ambas prendas en las manos, vacilando ante la portezuela abierta de la estufa. A continuación, lo echó todo a las llamas. El fuego dio la impresión de salirse de la estufa para abalanzarse sobre ella y quemarle la cara. Su cabeza lo absorbió y empezó a inflarse y pasó a ser un globo que flotaba por la habitación con todo aquello en su interior.

Todo estaba en la luz amarilla, que daba vueltas sin cesar.

Tora se acostó en la cama y pensó en el marido de la señora Karlsen, que había muerto. Ahora estaba rígido e inmóvil en la residencia de ancianos en la que llevaba varios años internado. Parecía más bien el viejo padre de la señora Karlsen, pensó. ¿O tal vez el hombre no fuera más que esa tumba abierta que había asustado tanto a Tora que no se ha-

bía atrevido a bajar la escalera y excavar el huequecito que hubiera hecho falta para esconder el bulto?

¿El bulto? ¿El polluelo! Que se le había deslizado de entre las piernas mientras ella se rompía en pedazos tirada sobre el hule extendido delante de la cama. Pero había salvado la cama. Estaba tan limpia y aseada como siempre. Y el viejo hule ya no existía. Se lo habían comido las llamas. Se había pasado mucho tiempo gimoteando dentro de la tripa de la estufa.

Había sido la tumba —o el marido de la señora Karlsen— lo que la había obligado a meter al bultito entre las rocas y rodar piedras encima. ¡Y se había olvidado de volver a colgar la escalera en su sitio! Tanto lo había espantado la tumba abierta.

El enterrador de Breiland vadeaba por la nieve mojada, que le llegaba casi hasta las rodillas, y daba la impresión de no aclararse gran cosa con los planes veraniegos de Nuestro Señor. Seguramente había previsto lluvia, porque no había cubierto la tumba recién excavada del señor director. Era ya evidente que la nieve se había buscado refugio allí abajo, en el fondo. Por lo demás, la gente se había apañado para mantenerse con vida durante aquel final espantosamente frío del largo invierno, bendita fuera la gente.

La gracia de ser enterrador en un lugar como aquel era que la primavera llegara pronto. Pero la vida no siempre es sencilla. Se quedó parado contemplando los viejos ganchos de la pared blanca del cobertizo de las herramientas. Vacíos. ¡La escalera había desaparecido! Ningún ser viviente podría haber necesitado una escalera en un lugar alejado de las casas y los establos.

El enterrador contempló la nieve recién caída, como si pensara que la escalera hubiera salido volando por encima

de la tierra sin dejar rastro. No era un hombre miedoso, no a la luz del día. Y una cosa sabía todo el mundo: ¡era imposible que una escalera se moviera sola! El enterrador se secó debajo de la barbilla y sacudió su voluminoso cuerpo azotado por los vientos con un movimiento que reflejaba una especie de aturdida soledad.

De nuevo dejó que su mirada vagara por el cementerio como si sospechara que el viento se había llevado la escalera, guiñaba los ojos ante la luz manchada. Avanzaba vacilante hacia la tumba abierta cuando su pie topó contra algo duro y poco amable que casi le hizo caer de bruces. Por fin fijó la vista en las elevaciones cuadradas bajo la nieve a sus pies. La escalera. Le dio una patada para que se desprendiera la nieve y dejara asomar la madera blanca de la escalera. Al echársela al hombro, miró de reojo y con cara de pocos amigos dentro de la tumba, como si se dijera a sí mismo: «¡Yo ahí no bajo ni aunque la nieve llegue hasta el borde! Siempre habrá sitio para un viejo escuálido y su ataúd».

El enterrador colgó la escalera en su sitio y se metió un poco de tabaco de mascar en la boca. Luego enfiló hacia la casa consistorial y la cantina, donde relató a los hombres la historia de la escalera. Ellos se miraron de reojo y no dijeron nada. Bastantes cuentos le habían oído ya contar al enterrador. Sabían lo que lo ofendían los comentarios irónicos y tampoco era el momento más oportuno para hundir a un viejo enterrador alabeado. Los atenazaba la amenaza de dos ventas judiciales en subasta pública, y además había subido la leche y la mantequilla.

A partir de ahora tendrían que comerse el pan sin el aderezo de la leche y la mantequilla, tal y como estaban los sueldos... ¡Como historia de miedo era lo suficientemente buena en sí!

Los sonidos le llegaron a través de membranas de realidad. ¿Un ruido de golpes? El dolor de un hombro retorcido. El empalagoso sabor de la sed vieja. La sensación de que alguien la tocaba. ¿O era la puerta?

Tora abrió los ojos. El pomo se movió lentamente de arriba abajo, después se paró y unos modestos golpes le llenaron la cabeza de un ruido ensordecedor.

Intentó mirar a su alrededor. La portezuela abierta de la estufa, que ya no emitía ningún calor. El olor a cerrado. La manta medio escondida debajo de la cama. La alfombrilla. ¿Dónde estaba la alfombrilla?

—¿Estás en casa, Tora?

La voz sonaba claramente, como si saliera de ella misma.

Tora tomó aire mientras intentaba poner en funcionamiento la lengua y el cerebro. No lo consiguió. El silencio se alzaba como un muro entre la puerta y ella.

—Te he preparado algo de comer, si no lo desprecias.

La voz de la señora Karlsen se propagaba como un eco de reproche por todos los rincones.

—Es que no me siento muy bien, sabe...

La voz le había aguantado. Curioso. Había reptado por el suelo y se había acomodado ante los pies de la señora Karlsen. Humildemente.

El pomo volvió a bajar.

—¿Por qué no me abres para que pueda ver cómo estás? ¿Tienes fiebre?

—No, solo estoy descansando un poquitito.

—Ya, ¿pero no quieres que te dé algo de comer?

—No tengo hambre... Pero ¡muchas gracias!

—Bueno, bueno.

La voz del pasillo sonó cerrada y hosca. Pero se llevó consigo a la señora Karlsen escalera abajo. El silencio fue tan reconfortante... tan reconfortante...

Abrió cautelosamente la ventana helada e inhaló la tarde en largas bocanadas.

Sus movimientos eran lentos y silenciosos.

A la mañana siguiente dejó entrar a la señora Karlsen en la habitación.

Estaba en el umbral de la puerta con una bandeja en las manos y era un ser humano, ni más ni menos.

—¡Estás enferma! —constató la señora Karlsen sin vacilar.

Su voz sonó seca y segura y sin la menor desconfianza; Tora pudo respirar. Olor a café y a comida. La señora Karlsen se había subido la cafetera de la cocina y la dejó junto a la cama, sobre una gruesa manopla para cacerolas a cuadros rojos y negros. Le habría encantado tomar un café con Tora, pero tenía mucha faena.

Además, tenía un poco de miedo al contagio. Bueno, esperaba que Tora no se lo tomara a mal, pero es que no podía ponerse enferma ahora que era el entierro.

—¡Te ha llegado una carta! Y te traigo el periódico —dijo, y a continuación leyó solemnemente y en voz alta—: «Trágico asesinato en Hollywood. La joven Cheryl, de catorce años, acuchilló y mató al gánster que amenazaba

con asesinar a su madre, Lana Turner». Es terrible lo que se ven obligados a hacer los chicos de Hollywood. Es que la niña no es mucho menor que tú. Ya te puedes alegrar de vivir en un entorno más pacífico. Ya lo creo —en el borde de la bandeja había una carta de Ingrid—. ¿Tienes fiebre? Te abrigas demasiado poco. Aunque eres joven no puedes ir por ahí medio desnuda. La primavera aún no ha llegado, que lo sepas. Hace un frío que pela. ¡Tú te quedas en la cama! ¡Hoy no vas al instituto! ¡Llamaré para decir que estás enferma! —proclamó desde el umbral de la puerta, y al instante había desaparecido.

¡Carta de Ingrid! Ese día Tora no podría soportar sus palabras.

Por cada bocado de pan con queso que tomaba, se iba encendiendo en ella una frágil alegría. Unas se fueron sumando a otras hasta que la chiquilla se recostó sobre la almohada y se atrevió a reconocerse a sí misma.

En el transcurso de la mañana tuvo que levantarse varias veces de la cama para calmarse los pechos a reventar. La leche le salía a chorros, e incluso tuvo que cubrírselos con un trapo. En una ocasión se vio a sí misma en el espejo de la escalera: una figura torpe y ridícula con pechos rellenos bajo el camisón. Se parecía a Ole el del Pueblo el día que hizo un *sketch*, en la clausura del curso escolar, y se disfrazó de mujer con el vestido de flores de su madre. A Tora le entraron unas ganas irresistibles de que no fuera ella, para poder reírse. Reír mucho y ruidosamente.

En otro momento estaba en el aseo y creía que lloraba. Sentía los pechos como heridas. Intentó mamar a sí misma, pero no llegó, así que se los estrujó con cuidado para que saliera la leche. De vez en cuando aparecía ante ella la imagen de la pequeña criatura.

Era eso lo que no soportaba.

En ocasiones oía a la señora Karlsen abrir o cerrar alguna puerta en el piso de abajo. Al parecer estaba moviendo los muebles. Una vez la llamó preguntando cómo estaba y Tora respiró, se esforzó y contestó que estaba bien.

No se podía decir que la mujer subiera con mucha frecuencia, aun así fue un alivio distinguir por fin el familiar sonido que le decía que la señora Karlsen echaba la llave de la puerta de la calle y se iba a dormir.

Hasta ese momento Tora no había podido permitir que la tomara el sueño. Su cabeza llevaba toda la tarde siendo una pústula dolorosa que se esforzaba por repasar la habitación, por controlar los detalles, por arreglarlo todo con los ojos para la siguiente vez que subiera la señora Karlsen. Se preguntó si durante la noche podría cerrar la puerta con llave. ¿Qué diría la señora Karlsen si subía con una bandeja de comida antes de irse al banco? Pero tenía que hacerlo. No soportaba esto de que la gente entrara sin más y la viera. La manta podía habersele desplazado de modo que se le vieran las manchas de los pechos a reventar de leche. Podía habersele escapado algún detalle que la señora Karlsen sí vería.

Por la noche Randi y ella estuvieron remendando la colcha que esta le había regalado. Estaba toda deshilachada. La mujer la consolaba diciendo que creía poder arreglarla, pero Tora estaba tan avergonzada que apenas se atrevía a mirarla. Y mientras estaban así, apareció el tío Simon con una gruesa cuerda y las ató la una a la otra mientras reía su cálida risa. Sin embargo, algo no encajaba y, cuando Tora miró la cuerda que la tenía amarrada a Randi, se dio cuenta de que estaba hecha de piel trenzada y de que tenía un tacto frío y muerto contra los brazos. Una red de venas salía de la cuerda y entraba en su cabeza, aunque los demás no no-

taban nada. Al final no podía remendar un solo trozo más, tenía los brazos paralizados.

Tora se despertó y encendió la luz.

Se apartó la manta y se miró el cuerpo.

Eran las cuatro.

Obligó a sus pies a acercarse al armario y sacó la colcha. Las manchas de sangre eran oscuros grumos coagulados entre todo lo rojo, como si la intención siempre hubiera sido que Tora la usara para envolver un polluelo sin asear. Se arrebujó con ella, metió los pies en las zapatillas de felpa y se sentó junto a la mesa.

El brazo se acercó mecánicamente al interruptor y encendió la lámpara. Uno tras otro, los libros fueron pasando al tablero de la mesa.

Y comenzó a estudiar vocabulario de inglés.

Los invitados del entierro trajeron una avidez irreal a la casa. La voz alta y chillona de la señora Karlsen parecía querer evitar que penetraran hasta el fondo de su alma, pero con poco éxito. Al parecer, tenía tanto miedo a la familia de su marido como Ingrid a las facturas que llegaban por correo. Tora se pilló sintiendo lástima por la señora Karlsen.

Pero los invitados también suponían una amenaza para Tora. En cualquier momento podían aparecer por el pasillo de la buhardilla o en el aseo. Sobre todo una de las mujeres, que se movía como un fantasma, sigilosamente, los crujidos de sus pasos llegaban varios minutos después de que pasara. Cuando la señora Karlsen salió para hacer la compra, abrió los armarios de la buhardilla, después Tora la oyó rozar la puerta de su habitación y, a continuación, se hizo el silencio. Su ojo resplandeciente de maldad atravesó el ojo de la cerradura y se metió hasta su cama.

Por primera vez en su vida pensó conscientemente en lo poco que le gustaban los seres humanos.

La buhardilla había sido solo suya, excepto cuando el hombre que alquilaba la habitación al final del pasillo volvía del mar por un día o dos. Ahora la invadían seres que parloteaban y murmuraban, seres con un solo objetivo: ver al viejo Karlsen enterrado y descubrir qué quedaba de él en los cajones y los armarios. Por las conversaciones que mantenían, daba la impresión de que también querían enterrar a la señora Karlsen. Las palabras traspasaban las paredes para penetrar en el oído de Tora, y tuvo la terrible sensación de que aquella gente planeaba un asesinato.

Uno de los hombres no dejaba de decir que la casa en sí no valía nada, pero que el solar era una mina de oro. La voz de aquel hombre sonaba como la marea alta al pasar por debajo de las letrinas del Hormiguero. Aquella voz se abría paso a través de la pared por medio de lametazos y bocados, que ella notaba contra la piel de su cara mientras yacía con los ojos cerrados, y constantemente se le iban vaciando los afligidos poros.

Los sonidos de sus cuerpos sobre los colchones crujientes, del agua que echaban en las palanganas, de las voces ignorantes de que atravesaban las paredes hasta ella, de los ronquidos, de las respiraciones... le resultaba todo tan repugnante que sintió ganas de compartirlo con la señora Karlsen cuando esta subió por la noche para preguntarle cómo le iba la gripe.

Pero no dijo nada, obviamente. En su lugar anunció con una pálida sonrisa que iría al instituto a la mañana siguiente. ¿Podría la señora Karlsen escribirle un parte para la profesora?

Tora bendijo los puntiagudos codos que salían por las mangas del vestido negro y la estrecha boca de la cara ape-

nada mientras la mujer escribía un parte enfático, que incluía exhaustiva información sobre la fiebre, la garganta y la gripe. Y firmó: Stella Karlsen, casera.

¡Stella! Qué nombre tan extraño. ¡Para alguien como la señora Karlsen! ¡Stella! ¿No era ese el nombre de una estrella? ¿O de un barco? La yegua del párroco de la Isla se llamaba Stella.

—¡Más vale que no vengas al cementerio mañana!

Las paredes absorbieron la voz de la señora Karlsen y su cara no dejó de crecer. Tora movió la cabeza y tragó saliva, hubiera querido decir algo... algo amable. Pero no le fue posible.

—Hace demasiado frío para alguien que ha estado enfermo. Pero únete al café. ¡A las cuatro!

Tora cerró la puerta tras ella y sacó la ropa para el día siguiente. Vacilante, se puso los vaqueros. ¡La cremallera le cerraba! Curioso que un cuerpo pudiera volver a ser como antes. De pie en medio de la habitación, Tora se miraba a sí misma, hacia abajo. No se atrevió a salir al pasillo a mirarse en el espejo. Podría aparecer alguien. Seguía un poco temblorosa, sobre todo cuando llevaba mucho tiempo de pie. Pero al día siguiente estaría mejor. ¡Mucho mejor! Intentó mirarse en el pequeño espejo de la pared. Se sentía mareada y miserable, pero la curiosidad pudo con ella. Laboriosamente consiguió encaramarse a una silla y se agarró a la pared. Los pantalones mostraban claramente que era otro cuerpo el que los había llevado la última vez que los usaron. Como si se los hubiera prestado alguien varias tallas mayor.

Al mirarse cayó en la cuenta de que, salvo por los pechos que supuraban y estaban reventones, y porque sangraba, había salido airoso del trance.

¿Se atrevería a creérselo? Se giró un poco para poder verse de perfil la cinturilla encogida del pantalón. Se bajó de la silla, se dejó caer sobre la cama con los vaqueros puestos y las lágrimas empezaron a correr desde sus ojos. Un río de alivio.

Pero ¿y el bulto frío y muerto entre las rocas?

—¿Qué bulto?

A lo lejos, desde el mar, se acercaba el tiempo de deshielo. Húmedo, sigiloso y sin más esperanza que la de una primavera desconocida.

Al salir del instituto, Tora fue a la tienda de la Cooperativa, compró dos paquetes de compresas y se apresuró a meterlos en la bolsa de *nylon* junto con los libros de texto. Ya saliendo, se acordó de que necesitaba comprar algo de comer, pero le resultó imposible volver a entrar. Allí dentro olía a carne rancia.

Se había pasado el día entero mirando a través de las personas y estas se desvanecían ante sus ojos.

Cada uno tenía su propio resplandor. La mayoría en matices de azul, pero también había resplandores rojos y amarillos. Sobre todo alrededor de las cabezas. Eso los volvía inaccesibles e irreales, y Tora los mantenía a distancia. Una vez Jon pasó por delante de ella rodeado de una luz blanca. Tora se sentía sudada y sucia. Jon levantó una mano, como si quisiera alcanzarla y tocarla, pero ella lo esquivó y se escabulló por la puerta de los servicios.

Reconoció una especie de soledad y se quedó allí sentada hasta que sonó el timbre.

Todos estaban reunidos en grupos, o de dos en dos. A veces se le antojaba que simplemente podría meterse en algún círculo, hacer como si perteneciera a él, pero no lo hizo.